



ARTE

Imágenes a propósito de D. Quijote

Miguel Ángel Blanco de la Rubia (Textos y fotos)

Muchas son las tentaciones a la hora de abordar la búsqueda de un manojito de imágenes a propósito de D. Quijote y su celebración. Una de las más repetidas viene siendo “fotografiar” aquellos lugares que debió conocer y frecuentar en vida su autor, algunos de los cuales se corresponderían con escenarios reales en donde habría situado las peripecias, aventuras y desgracias de sus protagonistas. Otra veta ensayada, muy vinculada a la anterior, consiste en lanzar una mirada más periodística a los territorios y comarcas por donde “anduvieron” nuestros personajes, intentando un acercamiento a su actual realidad, pero igualmente sin poderse sustraer al enorme poder de la ficción literaria, buscando nuevamente paralelismos en sus paisanos y rincones. Este afán en equiparar escenarios literarios y parajes reales, llevados del enorme poder de atracción, “verosimilitud” y sorprendente frescura con que nos conmueve y atrapa la prosa cervantina, nos ha llevado a fijar e insistir en un tipismo recurrente y en una serie de tópicos innecesarios que, en mi opinión, lastran muchas veces la propia riqueza intrínseca del texto encerrándolo en visiones muy repetitivas.

Claro que en aquel tiempo existió una realidad política, social y cultural a la que inevitablemente está vinculada, de la que también es deudora y reflejo tan magistral novela; que algunos lugares precisos e inequívocos en los que coloca a sus personajes están inspirados en un determinado marco geográfico; pero no debemos olvidar que precisamente se trata de una ficción y no de una representación fidedigna, de un relato en



el que todo ha sido inventado por su autor, dispuesto y armado con gran ingenio, según sus fines y voluntad artística, para despertar en el lector carcajadas, emociones, goce, etc; es decir un sin fin de reflexiones y trasuntos complejos, para cuya trama el que exista o no correspondencia real es lo menos importante.

Por otra parte, es un hecho que tras más de cuatrocientos años de historia y de transformaciones socio-económicas que tan sustancialmente han ido modificando la fisonomía rural y urbana del espacio manchego, sobre todo desde finales del siglo XIX y de manera muy visible en las últimas décadas (mayor extensión de la agricultura, grandes roturaciones de tierras, desaparición de grandes zonas adeshadas

y de monte, generalización y mayor extensión de los viñedos, el olivar y los cultivos cerealísticos, nuevas infraestructuras viarias y crecimientos urbanos, etc), mucho de lo que debieron ser aquellos “paisajes” y aquella Mancha por la que anduvo Cervantes — afortunadamente por lo que ello significa — difícilmente se pueden retratar en la actual.

De los muchos valores que nos reactualiza siempre la lectura de D. Quijote, quisiera recordar sólo dos: el viaje como descubrimiento y el poder de la imaginación. Respecto al primero, escritores y críticos, como nuestro paisano, García Pavón, han destacado cómo casi todo lo importante que les ocurre a sus protagonistas sucede en los caminos o en enclaves de paso como las ventas; esto es, en el propio viajar-vagar de los dos personajes protagonistas de aquí para allá al encuentro

M
MANCHA

ESTUDIOS
DE CASTILLA-LA MANCHA

del mundo y la realización de sí mismos, traídos y llevados por las propias aventuras en que se ven envueltos. Casi nunca los sucesos acontecen dentro de pueblos o de ciudades, salvo la muy notable excepción de los destacados hechos que el autor sitúa en Barcelona, por otra parte, trascendentales para el desenlace final. Con ello se ha querido subrayar uno de los grandes aciertos en que se apoya esta novela: la idea del viaje como encrucijada y descubrimiento, fuente de vida y conocimiento, lugar —al mismo tiempo imaginario y real— donde realizarse. En cuanto al segundo, inseparablemente unido al anterior, uno de los más fecundos es, sin duda, la reivindicación desde sus páginas del poder y la capacidad de la imaginación para crear otros mundos dentro del propio real, hasta el punto de hacernos dudar sobre cual es más atinado y cierto, si aquello que nombramos como “real” o lo considerado ficción; o lo que es lo mismo, la fantasía literaria convertida en realidad independiente, detrás de cuyos ensamblajes y recursos además de cuestionarse, ironizar o parodiar la existente, el autor y su melancólico personaje recrean y nos proponen otras igualmente posibles; o si el impulso vital de lo imaginario no será tanto o más imprescindible que la propia razón para sentirnos vivos y luchar con renovados bríos contra tantos infortunios; o si el arte no será quizás el más inteligente bálsamo para lograr trascender los límites que nos impone el tiempo y sus circunstancias.

Llegados a este punto quisiera hacer una breve reflexión sobre aspectos que intervienen en la compleja construcción de eso que llamamos el imaginario colectivo. Con mucha frecuencia el peso de ciertas “visiones” preestablecidas, sugeridas a partir de una tradición ya conformada, es tal que desde la misma se niegan y rehuyen otras mil posibles, más en consonancia con las nuevas realidades, los tiempos y el discurso contemporáneos todavía no fosilizadas ni liofilizadas. Al mismo tiempo desde otros focos productores, también se intentan acallar o arrinconar muchas otras imágenes diarias ciertamente anacrónicas o contradictorias pero igualmente vivas y actuales, intercaladas formando parte del mismo presente, aunque puedan parecer más propias de otros tiempos, cuya presencia incomoda o se evita por creerse periclitadas, poco representativas o simplemente inconvenientes para esos nuevos discursos dominantes. Unas y otras pueden promover registros acartonados y hasta ridículos a veces. Unas y otras son siempre la misma encrucijada donde pasado y futuro coinciden carne de un debate interminable, todas insuficientes por separado para poder visualizar en toda su complejidad el presente o para adentrarse en la aventura del conocimiento. Desde la práctica del arte sólo cabe dudar, sondear y rastrear en todas a la vez, si se quieren abrir otras vías que enriquezcan nuestras limitadas o interesadas perspectivas, pues tanto con unas como con las otras se teje la urdimbre con que imaginamos el mundo. Precisamente es desde esos alcances desde donde una mirada despierta acostumbra a apostarse para ver y pensar toda esa multitud fragmentada, pues lo que es, siendo, es mezcla en movimiento, materia no cerrada ni ordenada, un discontinuo trazo sucediendo en continua mutación hacia atrás y hacia delante que, obstinada, la conciencia moderna busca iluminar y el pensamiento trenzar o llenar de sentido. Necesidad y condena, lucidez frente a locura o indiferencia cotidiana, lumbre para poder combatir las heladas del invierno. Por ello, la coincidencia de tiempos y situaciones distintas en una misma diversidad no son antagónicas sino consustanciales y, en todo caso, necesarias si queremos combatir mejor los extremos, sin planteamientos ni prejuicios excluyentes. Como nos advierte J. Saramago: “El viaje no acaba nunca. Solo los via-

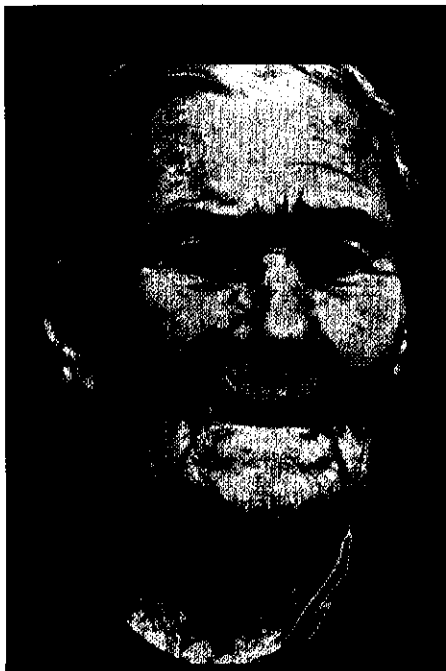
jeros acaban... Hay que volver a los pasos ya dados, (...) para trazar caminos nuevos a su lado.”

Así pues, al hilo de estas reflexiones y libre de las tiranías que imponen los encargos comerciales que demandan la fabricación de tales topicazos para ilustrar libros o toda clase de folletos turísticos y promocionales, para esta ocasión he querido rescatar una serie de fotografías con el ánimo de fabular y esbozar otros ángulos posibles a la hora de jugar la partida, establecer un diálogo y relacionarnos desde hoy con algunos aspectos e ideas generadas o que proyecta la propia novela homenajeadas. Unos guiños irónicos que reivindican una mirada más libre a partir de imágenes extraídas de nuestro entorno y presente contradictorios, que no pretenden fidelidades, añoranzas melancólicas, ni idealizadas remembranzas. Paisajes y gentes conviven hoy, bajo la égira de la supuesta globalización, a caballo entre los estereotipos de un final anunciado largamente y otros tiempos que se dice van a traernos otras costumbres, menos locales, menos encerradas en territorios estancos, más interconectadas entre distancias más amplias, más volátiles, virtuales y con otros códigos e identidades más universalmente compartidas — se sigue repitiendo—, pese a que las diferentes “posibilidades”, “velocidades” y “resistencias” que se observan, realmente inquietantes, no parezcan augurar un final tan optimista. Como está ocurriendo, por ejemplo, en ese “interior rural”, tan próximo, más desconocido de lo que se cree y en un proceso de profunda transformación, acelerada sobre todo a partir de las últimas tres décadas, cuya salvación se impulsa desde la redefinición de su territorio como “reserva” nostálgica de una cultura y una Naturaleza redescubiertas y redefinidas como producto explotable por la sacrosanta industria turística, bajo el confuso concepto de “desarrollo sostenible”. Precisamente muchas de las recreaciones y visiones de “lo quijotesco”, que se proyectan y promueven hoy públicamente, mucho tienen que ver con todo esto.

Imágenes, digo, extraídas de un álbum vivo algo suspendido en el tiempo; en las que, por ejemplo, encontramos un pasado y un presente fundidos extinguiéndose, como nos muestran estos **retratos de pastores, mujeres y gente sencilla** sin más que sí, desde estas páginas, bien podrían recordarnos a personajes de una ficción literaria, sin embargo, pronto detrás de sus miradas se advierte interrogante una vida dura y difícil demasiado real. Uno de ellos, Felipe, último propietario de la otrora Venta del Alcalde, tapa su cara con el puño, decepcionado o triste, como no queriendo ver tanto infortunio, “tanta huera voluntad, conchaveo y mudanza, -dice,- de los poderosos”, en estos tiempos cuando por esas ventas ya no paran “quijotes” capaces de “desfacer” injusticias ni entuertos. Representa la realidad de crudas circunstancias sociales supuestamente superadas y el anverso o la cruz de algunos gastos e inversiones inútiles realizadas desde los erarios públicos (fondos PRODER y año de celebraciones) que ni a él ni a su familia les han alcanzado, pese a habitar y mantener viva esa conocida venta cervantina, junto a la Fuente del Alcornoque.

Harto fácil resulta, por otra parte, encontrar estereotipos con los que se representa el ya tradicional **imaginario quijotesco** con sus quijotes, sanchos, dulcineas, curas, molinos o rocinantes. Sin ir más lejos, entre los muchos que desfilaron en los últimos carnavales; o bien esos otros revividos por los sufridos teatreros ambulantes que andan por plazas y pueblos mañanas y tardes; incluso versiones populares más actuales desde la cultura urbana del graffiti.

Y qué decir de **Dulcinea**. Existe en realidad? Ciertamente algunos rasgos de la que podría ser la Dulcinea



actual pueden adivinarse sugeridos entre el torrente de mensajes publicitarios que consumimos y en los estereotipos que representan las modelos que llenan las revistas de moda o las más sofisticadas de los “fascinantes” anuncios de cosmética y perfumes. O también, en *el Toboso de los escaparates de los salones de belleza y las peluquerías* — como en éste de Torralba—, detrás de cuyos cristales se trajina el ideal femenino o la imagen ideal con que sueñan muchas de ellas. Pese a los nítidos contornos con que se exhiben no dejan de ser otro reclamo idealizado como el que imagina nuestro mito universal.

De los paisajes cual sombras que acompañan iluminando toda la novela, he preferido fijarme en uno menos “explorado” y más desconocido que la manida llanura: **Sierra Morena**, magnífico y fabuloso gran escenario donde sitúa el autor algunos de los capítulos más bellos y memorables del Quijote; no en vano, cuando te adentras y la recorres con tiempo, alguno de sus parajes recónditos te envuelven en cierta atmósfera mítica. Por ello, la fotografía escogida quiere ser celosía y puerta abierta, una invitación a descubrir su cerrado misterio.



La presencia de **Barcelona** también era obligada. He seleccionado dos detalles entre algunos de los muchos graffitys pintados en las viejas y sucias paredes que puedes ver callejeando por el barrio Gótico, la antigua judería o el Raval, por donde en otro tiempo anduviera Cervantes — como entonces hoy también, cada día más, “albergue de extranjeros”-, por su abstracta energía o evocadora expresión de los anhelos y el trasiego cultural e interracial ocultos.

El poder de **la imaginación** he preferido retratarlo en ese parco y desolado espacio abandonado — libro abierto a múltiples significados— titulado “O Nubes”, y en esas manchas abstractas o universo de sugerencias apuntado, tabla de salvación o los restos de algún naufragio (al mismo tiempo mezcla y reverso informe), germen también de algunos atardeceres sin nombre y lecturas involu-

dables que nos descubren lugares donde es posible reencontrarlo perdido.

Finalmente, la imagen más enigmática forma parte de la serie “Esculturas en su lugar” y, aunque es una propuesta ajena a este artículo, no me resisto a incluirla como si se tratara de un **molino derrotado**. ■

